



Logos
Universidad de La Salle
publicaciones@lasalle.edu.co
ISSN (Versión impresa): 0120-6680
COLOMBIA

2007
Joaquín Ma. Aguirre Romero
SOBRE LENGUAJE, MENTIRAS Y OTROS AVANCES EVOLUTIVOS
Logos, enero-junio, número 011
Universidad de La Salle
Bogotá, Colombia
pp. 34-42

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



Sobre lenguaje, mentiras y otros avances evolutivos¹¹

Dr. Joaquín M^a Aguirre Romero
Universidad Complutense de Madrid
aguirre@ccinf.ucm.es

Resumen

La Mentira juega un papel primordial en nuestra existencia individual y social. Así como otras especies pueden poseer rudimentarias forma de comunicación a través de lenguajes simples, la mentira es estrictamente humana ya que supone un avance evolutivo respecto a la mera existencia del lenguaje. La mentira es un arma evolutiva ofensiva y defensiva. La crisis que ha supuesto el denominado “giro lingüístico” ha hecho que el problema de la mentira haya salido del ámbito moral para estudiarse desde distintas y múltiples perspectivas. La idea que se expone en el texto es que el interés actual por la mentira se basa fundamentalmente en el problema que se ha planteado con la crisis de la Verdad, es decir, la crisis de nuestra capacidad de afirmación, representación, conocimiento, etc. Si hemos renunciado a la verdad, tendremos que comenzar a relacionarnos con la Mentira: sus funciones, sus efectos, sus consecuencias. Se analiza el sentido de la mentira en el plano psicológico, social y lingüístico. El problema se ha desplazado hacia perspectivas más pragmáticas: la Mentira tiene sentido frente a los otros.

Palabras claves

Mentira, Verdad, lenguaje, evolución del lenguaje.

Abstract

The Lie plays a primordial role in our individual and social existence. Several other species count with rudimentary ways of communication through simple languages, but the lie is something strictly human, something that presupposes an evolutionary advance to the mere existence of language. The lie is an offensive and defensive evolutionary weapon. The crisis caused by the “linguistic turn” has turned the lie out from the moral realm and has made it and object of study from many different and multiple perspectives. The idea exposed in this text is that the present interest on lie is fundamentally based in the problem posed with the crisis of truth: The crisis of our capacity of affirmation, representation, knowledge, etc. If we have renounced to truth, we’ll have to begin to deal with lie: With its functions, its effects and its consequences. The meaning of lie is analyzed in a psychological, social and linguistic level. The matter’s been displaced to more pragmatic perspectives: The lie has meaning in relation to others.

Key words

Lie, truth, language, language evolution.

De todas las armas que el ser humano ha inventado a lo largo de su historia, la más eficaz es la mentira. Considerada como arma, la mentira tiene un carácter doble: es tanto defensiva como ofensiva; y una especificidad: está dirigida siempre contra individuos de la misma especie.

Las armas con las que la naturaleza ha dotado a sus criaturas son la base de sus posibilidades de supervivencia. Los seres humanos tendemos a vernos como seres desprotegidos, algo que contrasta fuertemente con lo que podemos ver a nuestro alrededor: nuestro éxito en la carrera de la evolución. Gran parte de ese éxito se lo debemos a la mentira.

¹¹ Fecha de recepción: Noviembre 16, 2006 // Fecha de aprobación: Noviembre 30, 2006

Otras especies han sido dotadas de mecanismos de simulación para poder sobrevivir. No son mentiras en un sentido propio, sino más bien ardidés, mecanismos, muchas veces automáticos. Básicamente estas *mentiras naturales* son el mimetismo y todas aquellos cambios en la forma exterior destinados a confundir al atacante o a seducir a la posible pareja. La Naturaleza ha desarrollado estas formas de ardidés para facilitar la permanencia de las especies. Del éxito de estos mecanismos depende su destino evolutivo.

El mimetismo supone la disolución —momentánea o no— de la diferenciación fondo/forma. Es un mecanismo de engaño natural y su objetivo es la confusión con el entorno. El mimetismo busca el engaño del ojo o de cualquier otro sentido ante el que pueda ocultarse mediante disolución. El mimetismo es la mentira del *dejar de ser*.

Algunas especies se defienden aparentando ser otras o ser más poderosas de lo que son. Esos animales que se hinchan ante la presencia de un agresor buscan igualmente confundirle aparentando que tiene ante él a un feroz opositor. Esta otra forma de mentira natural es la del *ser otro*. Aquí no desaparece la distinción fondo/forma como sucedía en el mimetismo; lo que cambia es tan solo la forma.

Por último, hay un tipo específico de fingimiento o ilusión que muchas especies superiores comparten: el galanteo. En ciertas especies, los machos rivalizan por la consecución de las hembras mediante la competición directa, es decir, mediante la fuerza. El que gana, por ser el más poderoso, se queda con la hembra. De hecho, la hembra no decide; acepta el resultado. Pero el galanteo es un mecanismo diferente. Se rivaliza, sí, pero es la hembra quien selecciona. En nuestro caso, lo relevante del galanteo son dos cosas. La primera es que, a diferencia de los mecanismos anteriores en los que se engañaba a los miembros de otras especies, los que se usan aquí son *intraespecie*. En segundo lugar, el galanteo es una mentira con el *exceso del ser*. El galanteo es una *forma de seducción* y para llevar a cabo su objetivo —la posesión sexual del otro— es necesario aparentar ser más de lo que se es. Introduce también un elemento nuevo y esencial en la evolución de las mentiras: es un ritual, un conjunto de signos, es decir, una forma de lenguaje. Una danza, un canto, un colorido llamativo, etc. son mecanismos semióticos, de mayor o menor complejidad, que poco o nada tienen que ver con los combates directos de rivalidad. Los signos de la fuerza sustituyen a la fuerza misma; la lucha es sustituida por el simulacro de lucha.

Ni el mimetismo ni los mecanismos de defensa contra otras especies están ritualizados (aunque sí pueden existir reglas en los combates *intraespecie*). Son mecanismos de respuesta automática puros; duran mientras dura el peligro. En cambio, los rituales de galanteo están destinados a la seducción y, aunque tengan un componente instintivo básico, son formas de representación, es decir, de simulación.

Los animales no *mienten*; no al menos en la forma en que lo hacemos los humanos, aunque Gregory Bateson descubriera algunas formas de simulación *consciente* (elementos *meta*, básicamente en los juegos) socializadas en algunas especies. Los animales se limitan a usar los mecanismos que la evolución ha puesto a su disposición para sobrevivir. Todos ellos tienen como finalidad establecer unas diferencias: las que separan la vida de la muerte, la aceptación reproductora del rechazo. No solamente sobreviven los más fuertes; también lo hacen los más hábiles, los que son capaces de simular mejor.

La mentira nos parece algo específicamente humano y no diremos aquí lo contrario. Los únicos animales que mienten se encuentran en las fábulas y no son más que humanos disfrazados con pieles de zorro o cordero. Los seres humanos hemos logrado hacer de la mentira el elemento más refinado de la evolución, ya que ésta supone una etapa más allá de la mera existencia del lenguaje.

Durante siglos hemos estado demasiado preocupados por la persecución de la Verdad — infructuosamente, todo hay que decirlo— y hemos dejado de lado la Mentira como una anomalía, como un vicio, como una enfermedad, sin analizar realmente el papel que juega en nuestras vidas individual y social.

Los humanos mentimos por enfermedad, por necesidad, por utilidad o por placer. Pero, sobre todo, mentimos porque somos humanos.

Asociamos de forma demasiado obvia la mentira con el mal. No es de extrañar, pues eso se nos repite desde nuestra infancia. Cuando decimos que el niño aprende a distinguir la fantasía de la realidad, estamos dando a entender que su primer estado natural es la mentira. Así es si consideramos que el sujeto el infantil *se miente* por placer. La mentira infantil es un estado que se va erosionando en contacto con la realidad (la *realidad* también incluye el castigo por mentir), pero su existencia y los placeres que provoca no se olvidan.

El niño aprenderá que existe ese mundo de fantasía, del que pasa a ser consciente en su oposición a la realidad. Pero también aprenderá otra cosa: que puede establecer un vínculo entre ambos mundos por medio de la imaginación y, lo que es decisivo, a través del lenguaje.

A diferencia de la respuesta mecánica, a partir de este momento, se abre ante él, de forma indefinida, una dualidad de respuestas ante todo. Comprende que en cada situación se puede actuar o responder de dos formas: diciendo la verdad o diciendo una mentira; actuando sinceramente o fingiendo. Probablemente nos cueste reconocerlo, pero la primera mentira que percibimos en un niño es su primer uso realmente *inteligente* del lenguaje. El niño se defiende mintiendo; es su respuesta ante lo que percibe como una agresión. Utilizamos la expresión *pillar en una mentira* para referirnos a ese momento en el que descubrimos que ese niño que manifestaba directamente sus deseos ha pasado a utilizar otras herramientas, las del *lenguaje*, para conseguir lo que desea o evitar lo que se merece. De la misma forma, pasados los años, se defenderá mintiendo ante un tribunal o ante cualquier otra situación que perciba como peligrosa. La mentira es un escudo defensivo del que, una vez descubierto, es difícil prescindir.

La mentira no es una *etapa* de la vida; en absoluto es algo infantil. Es un elemento del que disponemos a lo largo de toda nuestra existencia. Podemos utilizarlo con mayor o menor frecuencia, pero sabemos que está ahí. Como cualquier otro recurso evolutivo, será la necesidad la que lo haga manifestarse exceptuando aquellos mentirosos que no pueden evitarlo o aquellos otros que por su tipo de actividad no deben dejar de hacerlo. Tampoco es *algo* que algunos sujetos utilizan.

La mentira es una posibilidad del lenguaje, un gran invento evolutivo. Necesariamente es una *afinación* de nuestro lenguaje. Si nos decidimos a quitarnos los prejuicios que el simple término desata en nosotros, nos daremos cuenta de que juega un delicado papel en nuestra especie.

Es evidente que el lenguaje es el factor decisivo sobre el que gira nuestra sociabilidad. En la Naturaleza existen muchas formas de sociabilidad. Hay *sociedades ciegas*. Hormigas y abejas son ejemplos claros de este tipo en donde la cohesión entre individuos se produce sin el más mínimo resquicio, con un determinismo total y absoluto, llegando hasta la máxima especialización dentro de la especie, hasta borrar cualquier asomo de individualidad. La perfección de estas estructuras socializadas ha destruido cualquier atisbo de variación individual o colectiva. Todo está siempre en su sitio. Las diferencias no se dan en el individuo, sino que se reparten papeles de los que los individuos no tienen salida. (Solo el cerdito *Babe* sueña con *ser otra cosa*, en la memorable fábula postmoderna sobre la crisis de las identidades).

No sucede así con los humanos. Nuestra socialización es fundamental para nuestra evolución como especie, pero, a diferencia de hormigas, abejas y demás animales de sociabilidad ciega, nuestros mecanismos de cohesión son muy distintos, aunque todos apunten en la misma dirección. Nuestras uniones sociales no son ciegas, en el sentido expresado antes, sino que tienen una variedad casi infinita de posibilidades ya que se basan en las relaciones interpersonales. Nosotros, para bien y para mal, somos seres complejos.

A diferencia de otras especies, nosotros tenemos que conjugar dos tipos de intereses: los individuales y los grupales o sociales. Por decirlo de forma gráfica, somos el entrecruzamiento de dos líneas muy claramente definidas. Como personas somos una intersección, un cruce social. *Somos como somos*, pero cómo somos es el resultado de nuestra negociación permanente con los demás. Nuestra vida en un complejo entramado de relaciones y un permanente conflicto de intereses. La complejidad de las relaciones ha ido aumentando en la medida en que ya no somos unos pequeños grupos de nómadas cazadores, sino sociedades en las que cada individuo pertenece a un sinnúmero de grupos con los que mantiene relaciones. Familias, trabajos, clubes, instituciones escolares, etc. son agrupamientos en los que debemos permanentemente establecer relaciones con los otros.

Uno de los parámetros que con más frecuencia se considera como determinante de la inteligencia es el establecimiento de una *teoría de la mente* del otro¹². Neurocientíficos, psiquiatras y

¹² Sobre la *Teoría de la Mente* y sus consecuencias, tanto individuales como sociales, existen variantes con diferentes grados de radicalidad. Steven Johnson ante la pregunta “¿Qué salto debemos dar para comenzar a tener conciencia de otros?”, señala: “[...] investigaciones recientes sugieren que la pregunta se ha formulado exactamente al revés, al menos en lo que refiere a la evolución cerebral: somos conscientes de nuestros propios pensamientos sólo porque antes desarrollamos la capacidad de imaginar los pensamientos de otras personas” (Steven Johnson (2003): *Sistemas emergentes, o qué tienen en común hormigas, neuronas, ciudades y software*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, p. 179). Esto implicaría que la conciencia del sujeto solo surgiría cuando es consciente de ser *otro*. El problema de la *otredad* se desplaza así hacia la *otredad de uno mismo*, por paradójico

antropólogos, entre otros, están cada vez más de acuerdo en que nuestra inteligencia (el desarrollo de nuestra inteligencia, más bien) tiene que ver con nuestra capacidad de pensar en los términos del otro. Ser capaz de preguntarse y establecer algún tipo de *teoría sobre lo que el otro está pensando*, piensa hacer, etc. es fundamental para nuestra supervivencia social. Los otros son importantes (muy importantes) para nosotros. De forma continuada tenemos que estar convenciéndoles de algo y es fundamental saber qué piensan o qué pueden hacer.

La inteligencia humana, en este sentido, sería fundamentalmente la capacidad de *prever* escenarios posibles. Quizá por eso nuestra actividad más puramente racional, la cima de la abstracción, sea el juego del ajedrez. El mejor jugador de ajedrez es aquel que puede imaginar más movimientos del contrario y así decidir su estrategia. El jugador que mira fijamente el tablero no está viendo esas fichas presentes, su posición actual; lo que está tratando es de ver ese futuro movimiento del contrario para ajustar los suyos propios. Se trata de imaginar qué va hacer el otro para poder anticiparse o neutralizarlo. El ajedrez refleja, pues, una especialización de nuestra inteligencia: la capacidad de organizar batallas imaginarias en un tablero cambiante. Ganar es corroborar cada una de las posiciones vistas primero con la imaginación. En un animal débil como es el hombre (medianamente veloz, medianamente fuerte), la capacidad de prever, es decir, de anticiparse tanto para defenderse como para atacar, pasa a ser un gran avance evolutivo. Previsión, memoria y lenguaje parecen ser nuestras armas. La previsión es la capacidad para imaginar situaciones futuras; la memoria la capacidad de almacenar informaciones que nos permitan imaginar esas situaciones desde la experiencia; y, por último, el lenguaje para amplificar la experiencia transmitiéndola al grupo y a las generaciones. Tales son nuestras armas, nuestro equipaje en la carrera de la evolución. Si solo hubiéramos tenido que vérnoslas con las otras especies, habría bastado con el lenguaje, pero nuestra agresividad predatoria se vuelve contra nosotros mismos y necesitamos un escalón evolutivo más: la *mentira*, un arma (ofensiva y defensiva) contra los otros.

Gracias a nuestra inteligencia, hemos alcanzado la cima de la creación planetaria en un *ranking* establecido por nosotros mismos para nuestra propia satisfacción. *Inteligencia* no es más que la capacidad de planificar y comprender lo que hacemos. Poseemos *consciencia* (DRAE: 3. Capacidad de los seres humanos de verse y reconocerse a sí mismos y de juzgar sobre esa visión y reconocimiento) para poder tener individualidad, la famosa escisión de la Naturaleza provocada por la aparición de la Razón, de la que se lamentaban algunos románticos. Puede que en este proceso hayamos perdido, entre otras cosas, la capacidad innata de orientarnos, como ocurre con las aves y los peces, que recorren miles de kilómetros llevados por esa mano invisible que llamamos *instinto*; pero lo cierto es que hemos descubierto la utilidad del magnetismo e inventado la brújula para evitar perdernos.

Desde nuestra atalaya evolutiva somos capaces de contemplar lo que nos rodea y algo más: a nosotros mismos. El precio de nuestra individualidad es la necesidad de contemplarnos como *seres históricos*, con un pasado e incluso con un futuro. El pasado trae la culpa-responsabilidad, el remordimiento; el futuro, el miedo a lo desconocido, la angustia.

Porque tenemos pasado, necesitamos estar permanentemente negociando con él. Los recuerdos son plásticos y se adaptan a las circunstancias actuales tanto como sea necesario. Es el precio de la tranquilidad emocional. Surge el *autoengaño*, el supremo avance evolutivo. El enemigo al que hay que vencer, esta vez, somos nosotros mismos.

Como individuo, me estoy defraudando o traicionando permanentemente; necesito entonces realizar mayores o menores retoques en mi propia percepción. Rehago mi historia o, si se prefiere, me rehago a mí mismo. Son formas de higiene mental gracias a las cuales los sujetos consiguen salir adelante en muchas situaciones conflictivas o traumáticas. Y lo que es válido para los individuos, lo es también para los grupos y sociedades, que también reelaboran su propia historia. Es necesario *tener pasado*, aunque no haya existido, aunque sea inventado; sin pasado no somos.

El miedo es un mecanismo natural de defensa. El terror paraliza, pero el miedo nos hace alejarnos de los peligros. La estrategia más prudente es siempre huir del peligro. Al menos la más generalizada, pero la distancia evolutiva que nos separa de las otras especies animales no se consigue tan solo huyendo.

que pueda resultar. Según este planteamiento, un ser absolutamente solo no tendría conciencia de sí mismo, es decir, *no sería sujeto*. Cfr. Michael S. Gazzaniga (2006): *El cerebro ético*, Barcelona, Paidós. Gazzaniga señala que existen dos teorías principales al respecto, la "Teoría de la simulación" (ST) y la denominada "Teoría-Teoría" (TT).

Solamente el ser humano ha logrado vencer el miedo con mentiras. La única manera de sobreponerse a los propios temores es el autoengaño y, en el plano social, la invención de los mitos, mentiras comunes con las que aliviar los miedos. Cuando nos encontramos ante una situación complicada nos damos ánimos como si fuéramos otro hablándonos en tercera persona: ¡*Ánimo, Juan, vamos allá!*, se dice un solitario Juan ante el peligro. El uso del plural le permite *doblar* sus fuerzas, aunque sea mentalmente, aunque sepa que está solo y que nadie más que él mismo se encuentra allí. Cuando tenemos miedo *hablamos*; eso nos tranquiliza, engañamos a la mente (y al cuerpo) hablando, nos *distraemos*. No es casual la costumbre de contar historias antes de que nos adentremos en los terrores del sueño. Escuchándolas, la mente se olvida de que pierde el contacto con la realidad exterior y se sumerge en el sueño mediante esa forma intermedia e híbrida entre realidad e irrealidad que son las *fantasías*. El salto del ser consciente al sueño se produce así de una forma gradual, mediante esas historias que aún controlamos, antes de entrar en el mundo onírico en el cual perdemos ya el control.

Si la automentira le es necesaria al individuo para poder avanzar en su camino, también las sociedades necesitan fabricarse sus mitos justificatorios de su presente. Platón, que echaba de su República ideal a los poetas por mentir, admitía que los sabios sacerdotes mintieran en la medida en que lo hicieran para mantener el orden social, el *sistema* diríamos hoy. La mentira no es tan mala si es por el bien de todos, nos viene a decir. Eso es algo que han comprendido muchos políticos en la historia y no necesariamente malintencionados. En ocasiones se llama Razón de Estado.

Los humanos hemos logrado hacer de la mentira una utilidad de primer orden en nuestra vida social. No es solo que nos mintamos a nosotros mismos o que mintamos a otros. La mentira es además un instrumento de control social al que los poderosos han recurrido siempre. Muchas sociedades tienen sus propias mentiras fundacionales. Podemos llamarlas *mitos* y disfrutarlos, pero no por ello dejan de ser lo que son.

El gran drama del pensamiento contemporáneo es que ha dejado al descubierto las mentiras sin poder recurrir a verdad alguna. En el pensamiento occidental, construido sobre polaridades, es decir, sobre oposiciones, se plantea un momento crítico cuando ya solo es posible construir una polaridad sobre mentiras inconsistentes, por un lado, y verdades indemostrables, por el otro. Desde entonces se inaugura lo que ha sido denominado por algunos la “edad del recelo”. No deja de ser una ironía histórica que una gran parte del pensamiento ilustrado exigiera la retirada de la fe en beneficio de la Razón para que, pasado el tiempo, la Razón se mostrara como un acto de fe. De nuevo, la polaridad se viene abajo dejándonos huérfanos de contrincante.

Incapaz de ofrecer pruebas consistentes de su existencia, la Verdad se refugia en la coherencia discursiva. Y entonces, —¡oh, drama!— todo pasa a ser discurso. Palabras, palabras, palabras...

Arte y mentira

Podríamos definir el arte como una mentira con contrato o convenio. El arte, como el juego, necesita del pleno conocimiento por parte de sus integrantes de que están ante una ilusión fruto de un pacto. Ya Aristóteles apuntaba esto en su *Poética*: no tememos la mimesis artística porque sabemos que no es real. Nos puede impresionar su realismo, pero no debe asustarnos más allá de lo placentero. Por eso podemos contemplar las mayores barbaridades sobre un escenario en una pantalla de cine o leerlas en las páginas de un libro. El *realismo* es lo contrario a la realidad, por eso los románticos proclamaban la superioridad de la Imaginación.

La música, en cambio, no miente porque no imita. Tampoco *dice* la verdad. Para Platón era la máxima perfección¹³; lo opuesto a los poetas, con la máxima capacidad potencial de engaño. Los poetas son mentirosos por naturaleza, más que por oficio. Si el poeta es poeta por mentiroso o si el

¹³ Hay dos grandes corrientes interpretativas opuestas respecto a la música. Una la asocia con la matemática en la medida en que es proporción, relación. Es la tendencia pitagórica, que ve en ella la perfección del número, la ausencia de servidumbre frente a la imperfecta realidad. La otra tendencia, en cambio, la asocia con lo informe, con lo caótico, con lo *aórgico*. Schopenhauer identificaba la Voluntad con la música, con lo eterno doliente, lo previo al principio de individuación. Ya sea por su carácter de *idea* (número) o por su carácter de vinculación con lo primigenio, en ambas interpretaciones, es el acceso más directo a lo verdadero, pues prescinde del engaño de las apariencias, entendiéndolas éstas básicamente como visuales. La distinción nietzscheana entre lo apolíneo y lo dionisiaco debe, como es sabido, mucho a lo expresado por Schopenhauer.

mentiroso tiende a hacerse poeta es una cuestión que ha tenido divididos a los críticos a lo largo de la historia. Darwin estaría de acuerdo con la segunda fórmula, creo entender. En el fondo es una cuestión difícil de resolver, por no decir imposible. Lo realmente sorprendente es que se hayan superado siglos de recelo respecto al arte para hablarse, finalmente, de la *verdad* del arte, de una verdad específica de la forma estética. Desde que se separaron, gracias a la influencia de la estética kantiana, Verdad, Bondad y Belleza es difícil sostener que la verdad está en la *forma*. Verdad y belleza, belleza y verdad eran términos intercambiables en la poesía de John Keats. En el fondo, no es más que una rendición ante el fenómeno y un abandono de la idea. Si la verdad puede ser *forma*, solo es accesible a través de los sentidos (hay también una belleza armónica en la matemática, por eso los matemáticos, físicos, etc. hablan de *elegancia* como un criterio de verdad). Acceder a la Belleza pasa a ser no un acto de adhesión por razonamiento, sino un acto de posesión. La Belleza, que nada afirma más que su propia evidencia, pasa a apropiarse del sujeto que solo puede rendirse ante ella. Recuérdese el famoso *Himno a la Belleza* baudeleriano y se verá que lo más que se puede hacer ante ella es solo *rendirse*, y no adherirse, algo que constituiría un acto racional que salvaría al sujeto de su anulación en la entrega humillante.

Si la Belleza pasa a ser la auténtica y única Verdad del Arte, no deja de ser paradójico que siendo el Arte lo que no es Realidad sino *lo que representa*, es decir, lo que *no es*, le hayamos asignado el más alto estatus. La paradoja solo se resuelve si se tiene en cuenta que precisamente la adoración de la belleza artística lo es de una ficción, es decir, de un fingimiento, tal como nos lo recordaba Pessoa en su célebre verso describiendo al poeta. Si *el poeta es un fingidor*, la poesía es un fingimiento, un elemento pleno de inautenticidad a la que se le reconoce, sin embargo, el máximo de Verdad que nos podemos permitir. Nos encontramos, pues, ante una *ficción verdadera* a la que se le concede el más alto valor, más que a la misma realidad de la que sí se puede dudar.

El Romanticismo (o los romanticismos, como siempre he preferido) se dejaron llevar por el deseo de Verdad de la poesía, del arte. La consecuencia fue desastrosa para ellos y para muchos otros, como muchos otros artistas tuvieron ocasión de denunciar. Al unificar Vida y Arte (*Poesía y Verdad* es el título de la autobiografía de Goethe), no percibieron —como harían los posmodernos— que se condenaban a vivir (malvivir más bien) una vida teatral¹⁴ en exceso, tan intensa que dejó de ser vida para ser un híbrido novelesco en el que el personaje desbordaba a la persona. A fuerza de querer ser *auténtico*, el artista romántico tiende (y muchos lo consiguen) a hacer de su vida un poema sobre el que poder escribir. Sin vida interesante no hay arte interesante. De forma trágica, la vida parecía que solo tenía interés si se centraba en el sufrimiento. *Las más bellas canciones son las que cantan los más tristes sentimientos*, nos recordaba un poeta romántico. El suicidio de muchos románticos tiene mucho de telón a mitad de función, de retirada de la obra por fracaso. La consecuencia de tanta proclamación de autenticidad, de verdad, es que probablemente nunca haya existido un período estético tan patológico, tan lleno de fracasos, de autoengaños y de fingimientos. Ya lo sentenció Goethe: *lo romántico es lo enfermo, lo clásico es lo sano*. Una parte importante de la enfermedad romántica proviene precisamente de su incapacidad de superar sus propias mentiras y autoengaños. La literatura de la época se poblará de novelas en las que se denuncia esta falsedad de muchos artistas románticos, quienes, lejos de ser auténticos, representan un papel que cierta parte de la sociedad se toma como real. Quizá una de las novelas que mejor describan este tipo de falsos personajes, de mentirosos de presencia y sentimiento, sea *Dimitri Rudin*, de Iván Turgeniev, pero podrían señalarse un buen grupo de novelas que denuncian tanta impostura.

La vinculación de vida y obra fue el elemento decisivo para que ese desastre se produjera. Si el Arte debía reflejar la vida para ser auténtico, la vida tendría que ser *interesante*. ¿Qué verdad hay en una *vida aburrida*? A la luz de este razonamiento se comprende mejor el empeño flaubertiano de hacer una obra con los seres más mediocres posibles (*Madame Bovary*). Curiosamente, la *verdad* que Flaubert mostró fue precisamente la inautenticidad del personaje que se miente a sí mismo (y a los demás). La verdad de Emma es precisamente su falta de verdad. Estudiar a Flaubert es adentrarse en muchos de los misterios *del ser y el no ser* contemporáneos y por eso será el comienzo de la escritura que recela de la vida y de la propia escritura. Los que se quedan en la historia de la insatisfecha joven

¹⁴ Erwing Goffman fundaba su análisis sociológico en la *metáfora teatral*. Actuamos ante los otros; somos siempre personajes en situación. Es el hecho de *ser mirados* lo que nos hace actuar para causar en el otro una *impresión*. Los otros son nuestro público y somos el público de los otros. “El escenario teatral —escribe Goffman— presenta hechos ficticios; la vida muestra, presumiblemente hechos reales, que a veces no están bien ensayados”. E. Goffman (1981, 2004): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu, Buenos Aires, p. 11.

provinciana no entienden que con Flaubert se abre un nuevo camino de la escritura que nos llevará a lo largo del siglo XX. Flaubert, como escritor que inaugura la modernidad, inaugura la *edad del recelo* y pone sordina atenuante a las amplificaciones al exceso romántico. No se trata de un exceso de sentimiento, como algunos pretenden, sino de un *exceso de verdad* como podrá comprobarse posteriormente en la inconclusa *Bouvard y Pecuchet*. Flaubert comprendió bien que era *el exceso de verdad lo que mataba el arte*, precisamente porque lo que producía era un exceso de fingimiento. De ahí su concentración, obsesión, en el lenguaje. Sabía que era ahí donde se encontraba el *quid*, la materia prima, la piedra que tenía que labrar. Dejó la realidad (y sus problemas) a los realistas y se centró en la materia prima propia de su arte: la palabra. De ahí que sigamos descubriendo recovecos en los escritos de Flaubert (su epistolario sigue siendo un documento estético excepcional), mientras que nos aburran soberanamente los problemas “científicos” planteados por Zola, por ejemplo.

El tiempo dio la razón a Flaubert, que es una forma de decir que los problemas que Flaubert planteó son los que nos han permitido llegar a nuestro momento de perplejidad respecto al lenguaje y sus posibilidades. Gran parte de la crisis general del pensamiento que se abrió en el siglo veinte tiene que ver con el cambio producido al descubrir que una gran cantidad de las seguridades de las que disfrutábamos se basaban en un elemento tan ambiguo como es el lenguaje. No es de extrañar, ya que el lenguaje es el eje sobre el que gira la capacidad de afirmar.

El siglo XX ha sido devastador en dos ámbitos. El primero es el recelo respecto a nuestra aprehensión de la Naturaleza. La realidad, desde nuestra percepción, es *construcción*, es decir, una representación específica que nos caracteriza como especie, con nuestros límites cognitivos, tanto sensoriales como mentales. De hecho, una de las vías más fructíferas que los neurocientíficos utilizan para comprender el funcionamiento de nuestro cerebro es el estudio de las ilusiones sensoriales. Para comprender cómo funciona el cerebro es necesario saber *cómo se engaña*, cómo falsea la realidad para acomodarla a sus mecanismos de representación específicos. Lo que antes se veían como entretenidas excepciones (ilusiones ópticas, acústicas, etc.) sobre el comportamiento de la luz, el sonido, etc. han pasado a suministrar importante información sobre el funcionamiento de nuestra mente a la hora de fabricar eso que denominamos *realidad* (nombre ya un poco anticuado, todo hay que decirlo). Los neurocientíficos nos dicen que toda especie viva (desde los protozoos al ser humano) necesita *fabricarse* una interpretación de su entorno, una representación suficiente para garantizarse su supervivencia. Nuestra “realidad” es nuestra respuesta a esta necesidad.

Lo que había empezado con Kant y sus límites a la Razón (muchos románticos ya intuyeron lo que implicaba con trágicas consecuencias, como en el caso de Kleist) se mostró mucho más radical de lo que se pensaba. De forma salomónica, el tiempo colocó en su justo medio el debate entre los que negaban existencia a la realidad y los que le concedían existencia absoluta. El dictamen ha sido: la realidad está ahí, sí, pero cada uno la ve con sus herramientas, con las que posee como especie. Objetivismo y subjetivismo (*grosso modo*) simultáneamente, lo que equivale a no dar ni quitar a nadie la razón de forma absoluta.

El otro ámbito devastado ha sido el del sujeto y sus herramientas de definición y autodefinition. En este segundo espacio, el problema se ha centrado, en gran medida, en el lenguaje. El lenguaje es una herramienta cognitiva y comunicativa; categoriza y ordena el mundo y, además, nos permite comunicarlo y comunicarnos. A nuestro conocimiento limitado se une la capacidad que el lenguaje tenga de acogerlo. El realismo ingenuo establecía también una relación ingenua entre el mundo y las palabras. Los enfoques saussurianos llevaron al lenguaje definitivamente al lado de la arbitrariedad y de la convención.

Si unimos los dos efectos, nuestro conocimiento limitado a nuestras posibilidades como especie y el carácter arbitrario de nuestra herramienta más preciada, no tiene nada de extraño el efecto demoledor en cadena producido sobre el pensamiento contemporáneo.

Limitado en sus posibilidades, dotado de herramientas imperfectas todavía le quedaba al soberbio sujeto salido del siglo de las luces una última humillación: el paso por el diván. El psicoanálisis, independientemente de sus méritos científicos, sí dejó una huella profunda (ya avisada desde el campo del arte): el fraccionamiento o escisión (*razón/deseo*) del sujeto. La persona pasó a ser el escenario de una serie de conflictos traumáticos cuya tabla de salvación pasaba por la mentira. Lo que Freud manifestó fue la necesidad que el ser humano tenía de usar la mentira para poder sobrevivir en el mundo. El sujeto se tiene que ocultar la verdad de sí mismo para poder superarse. Ya no es solo que la mentira se dirija hacia los otros, sino que la mentira es una forma de ocultación/negociación permanente, una característica evolutiva, el desarrollo de un sistema de defensa del sujeto buscando

su equilibrio.

La mentira, la censura, la represión no son en sí mismas formas de enfermedad sino justamente lo contrario, son formas de defensa, igual que la fiebre. Son el contrapeso que el sujeto tiene para poder seguir caminando superando sus propias debilidades. Cuanto más problemas, más mentiras. Según este mismo principio los más mentirosos resultan ser los artistas. Es sobradamente conocido el interés que Freud y el psicoanálisis sintieron por la personalidad artística. Freud definió al artista como un “ser insatisfecho”, un ser que resuelve sus problemas sublimándolos a través de un mecanismo productivo: la obra artística, a la que equiparó con los mecanismos del sueño.

Esto nos vuelve a situar la obra artística en situación conflictiva respecto a la verdad en la medida en que es una forma de autoengaño, la manera en la que nuestra mente se enfrenta a lo que no se quiere enfrentar. El sistema explicativo de Freud señala que la forma de envolver lo traumático, lo que el sujeto no quiere contemplar, es la sublimación. La relación con el objeto estético se vuelve peligrosa en la medida en que es la bella envoltura de lo peligroso. Es lo que Thomas Mann se preguntó a lo largo de toda su obra: ¿por qué concedemos valor moral a la obra artística cuando sabemos que en su interior se oculta lo inmoral?, ¿no esconde la belleza, *prima de atracción*, seducción sensible, el horror?

Lo que se afirma de la obra se afirma de un sujeto dual, escindido, incapaz de enfrentarse a sí mismo: un complicado laberinto de espejos lleno de imágenes distorsionadas. El lenguaje le sirve al sujeto para mentirse y mentir: *el sujeto es inauténtico*. No podemos fiarnos de lo que dice porque la mentira ya no es un acto voluntario, sino un mecanismo defensivo inconsciente. El lenguaje ya no es *la casa del ser* como quería Heidegger, sino su fábrica, el lugar en donde el sujeto se hace a través de sucesivas enunciaciones. El *giro lingüístico* tiene que asumir que el lenguaje no es el lugar de la verdad, sino el de la simulación. No es casual que “simulacro” haya pasado a tener un papel central en el pensamiento de la Posmodernidad. Signo, simulacro, ilusión, huella..., siempre se remite a *lo que no es*, sino a lo que *representa*, es decir, a una ausencia. Se decía que había que elegir entre ser platónico o aristotélico; la Posmodernidad no tuvo más remedio que tirar por la calle nietzscheana de en medio. El más resentido: el sospechoso verbo *Ser*. Lo que se ha puesto en duda es nuestra *capacidad de afirmar*, es decir, de poder comprometernos con nuestros enunciados y sostenerlos.

Cada vez es más frecuente ver aparecer libros que tratan sobre la Verdad¹⁵. ¡Mal síntoma! Las comillas de Tarski solo resolvieron parte del problema, pero siguieron sin explicar qué ocurría con la realidad en la que, obviamente, no existen las comillas. Hoy disponemos de entre ocho y diez Teorías de la Verdad con diversos grados de aceptación. Triste destino el de la Verdad, necesitada de apuntalamiento teórico. ¿Puede establecerse una *Teoría sobre la Verdad* cuando es la propia Verdad la que está en cuestión? ¿A qué herramientas recurrir cuando se ha sembrado el recelo sobre el lenguaje mismo, aquel que la formulaba? Piénsese en que este recelo hacia la verdad ha afectado a la Historia y a la Biografía, reducidas a discursos. Desprovistas de su capacidad de verdad, se desenvuelven ahora con las infamantes etiquetas de “versiones”, “puntos de vista”, “identidades” etc.”

El interés se ha desplazado, pues, hacia la mentira. Lejos de verla como una especie de perversión, desviación, etc. se ha comprendido finalmente que no puede entenderse ni a las instituciones ni a las personas sin tenerla en cuenta. Eso no convierte a la mentira en un bien, como quieren algunos, sino más bien en un objeto necesario de estudio. ¿Por qué la mentira nos parece *más humana* que la verdad, que nos parece algo ajeno al Hombre y más identificado con lo divino? Probablemente porque hayamos descubierto que hemos hecho bastante mal uso de la (presunta) Verdad.

Comprender que nuestro conocimiento es limitado, que nuestras afirmaciones siempre son mejorables, etc. no nos debería haber dolido tanto de no haber sido por el uso como arma que le hemos dado a la Verdad durante milenios de vida social. Muchos sostienen que son las *verdades* (creencias) las que crean los problemas y que la gente que tiene mucho apego a las verdades suelen ser bastante intransigentes. No creo que la gente sin creencias sea mucho mejor que la que no las tiene, ya que el problema no está en tener creencias o no sino en tratar de imponerlas (también se puede tratar *imponer* el no tener verdades o creencias, incluso fundar una religión para los que no quieren tener religión, como hacia el protagonista de *Sangre sabia*, la magnífica novela de Flannery

¹⁵ Algunas publicaciones recientes en español las de Michael P. Lynch (2005): *La importancia de la verdad (para una cultura pública decente)*; Paidós, Barcelona; y Bernard Williams (2006): *Verdad y veracidad*; Tusquets, Barcelona.

O'Connor). Sin embargo, es difícil, por no decir imposible, suponer que podemos reducir a la indiferencia todo lo que creemos. La *indiferencia* también puede ser muy intransigente. Démonos cuenta de que hemos pasado del extremo de perseguir a la gente por decir mentiras al de perseguirlas por tener alguna verdad (*creencia*), acusándolos de dogmáticos. Las mentiras son tan sibilinas que no solo pueden disfrazarse de verdades, sino también de *mentiras*.

Hoy los campos de mayor modestia afirmativa suelen ser los de las ciencias duras. En ellos se trabaja con verdades provisionales, modestas, con un “como si...”, con un “por ahora...” porque lo consideran preferible. Eso les permite avanzar y, a la vez, permanecer abiertos a nuevas posibilidades. Prefieren el margen de error calculado al engaño. Saben que viven con el error y por eso no toleran el engaño y la mentira, que es la falsificación consciente nacida de la pretensión de verdad.

De forma poco sensata, por el contrario, damos por descontado que existen ciertos campos en los que la mentira reina y reinará, como suele ser el de la Política. Los políticos se aprovechan de ello y consideran que, como no les creemos, pueden decir cualquier cosa.

Friedrich Nietzsche, alguien que trabajó bastante en este terreno (*Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, por ejemplo, un texto capital) y dejó muchas observaciones interesantes al respecto, escribió: “No nos dejaríamos quemar por nuestras creencias: tan poco seguros estamos de ellas. Pero sí, tal vez, por el derecho a tener opiniones propias y de poder cambiar de ellas” (*El viajero y su sombra*). El pensamiento del filósofo alemán abre una faceta importante del asunto. Si las verdades disminuyen, reduciéndose a creencias ¿con qué se compromete el hombre, hasta dónde llega su compromiso? Nietzsche afirma que al auténtico valor no está en la creencia en sí, sino en el derecho (no en el capricho) de poder cambiar (o no). Cambiar aquí no es arbitrariedad, sino evolución. Lo que reivindica Nietzsche, pues, es el derecho a expulsar de nosotros las verdades que se desmoronan. ¿Hay algo más terrible que ser prisionero de una verdad en la que ya no creemos? ¿Qué rebelión cabe contra la *autotiranía*?

Mentira, engaño, simulación, error, ambigüedad... son términos que pueblan nuestra modernidad. Se han convertido en el eje de nuestro pensamiento. Si hacemos caso a Nietzsche, no deberíamos verlo como un drama, sino como una exigencia, como un compromiso con nosotros mismos y con los demás. Es la reivindicación del pensamiento constante, del estado de alerta permanente. En un mundo mediático, discursivo, publicitado, como el nuestro, lleno de cantos de sirenas y de telepredicadores no es mal consejo. En la medida en que nuestras verdades y creencias son los elementos que nos impulsan a la acción, deberíamos ser muy cuidadosos con aquello a lo que nos adherimos o de lo que nos convencemos.

Lo contrario de una mentira ya no suele ser la verdad, sino otra mentira. El camino desde la mentira hacia la verdad es semejante al ejemplo de Aquiles y la tortuga, señalado por Zenón: avanzamos poco a poco, pero nunca llegamos a alcanzarla. Aún así, existe una gran diferencia entre la parálisis por aburrimiento y el alegre salir de una mentira rumbo a ninguna parte. El reaccionario, decía Unamuno, es el que no piensa. Pensar es moverse, aunque sea un poquito, dudar de la propia seguridad y someterse a la higiene de la duda que nos permita saber que lo que creemos es lo que queremos creer, como señalaba Nietzsche, y no lo que el aburrimiento, la inercia, la pereza, la presión, la costumbre, la dejadez, la imitación, la rutina, el miedo, la inseguridad... nos pueden hacer creer.

Epílogo corolario: Verdad e inteligencia artificial

Estamos intentando fabricar máquinas inteligentes. Esto solo puede considerarse desde una muy restrictiva consideración de la inteligencia derivada de una forma de pensamiento pragmático-mecánica. Solo cuando las máquinas puedan dar una respuesta correcta y decidan, *voluntariamente*, no hacerlo para obtener un bien mayor (sea eso lo que sea para una máquina), podrá considerarse que se ha alcanzado el objetivo, la máquina *más* inteligente. Aunque la máquina probablemente se deseché de inmediato por inservible, es decir, por *poco fiable*.

Una máquina que miente solo sirve para convencer a los que creen que dice la verdad. Las paradojas se pueden acumular: ¿hemos podido fabricar una máquina tan inteligente que no desee mostrarnos su inteligencia y finja una estupidez plana, *de máquina*? Eso sería a lo que nos tendríamos que enfrentar el día que fabricáramos una máquina realmente *inteligente*, es decir, tan mentirosa